

LOS
BORGIA





JEAN-YVES
BORIAUD

LOS BORGIA

Traducción de Silvia Kot



 *Editorial El Ateneo*

Boriaud , Jean-Yves

Los Borgia / Jean-Yves Boriaud . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

416 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-0922-9

1. Historia de Europa. 2. Renacimiento. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.
CDD 909.3

Los Borgia

Título original: *Les Borgia*

Autor: Jean-Yves Boriaud

© Editions Perrin, 2017

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2017

ISBN 978-950-02-0922-9

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Genealogías.....	9
Mapas.....	13
Introducción.....	19
1. El Papa de la última cruzada.....	23
2. El primer Papa Borgia: ¿un agente del Magnánimo en la corte pontificia?.....	61
3. Un Papa romano.....	103
4. Alejandro VI <i>pontifex imperator</i>	131
5. Alejandro y la “irrupción” francesa.....	155
6. La época de las grandes tribulaciones familiares.....	173
7. Los Borgia y Francia.....	191
8. César, Alejandro y la cuestión del Patrimonio.....	211
9. El año santo de los Borgia.....	223
10. César, el héroe.....	233
11. El fin de las guerras de Romaña.....	255
12. Lucrecia en Ferrara: ¿asunción o transfiguración?.....	279
13. El año del terremoto.....	291
14. La debacle.....	309
15. César en España: ¿héroe picaresco o caballero andante?.....	325
16. Después de la caída: las damas de Ferrara.....	343

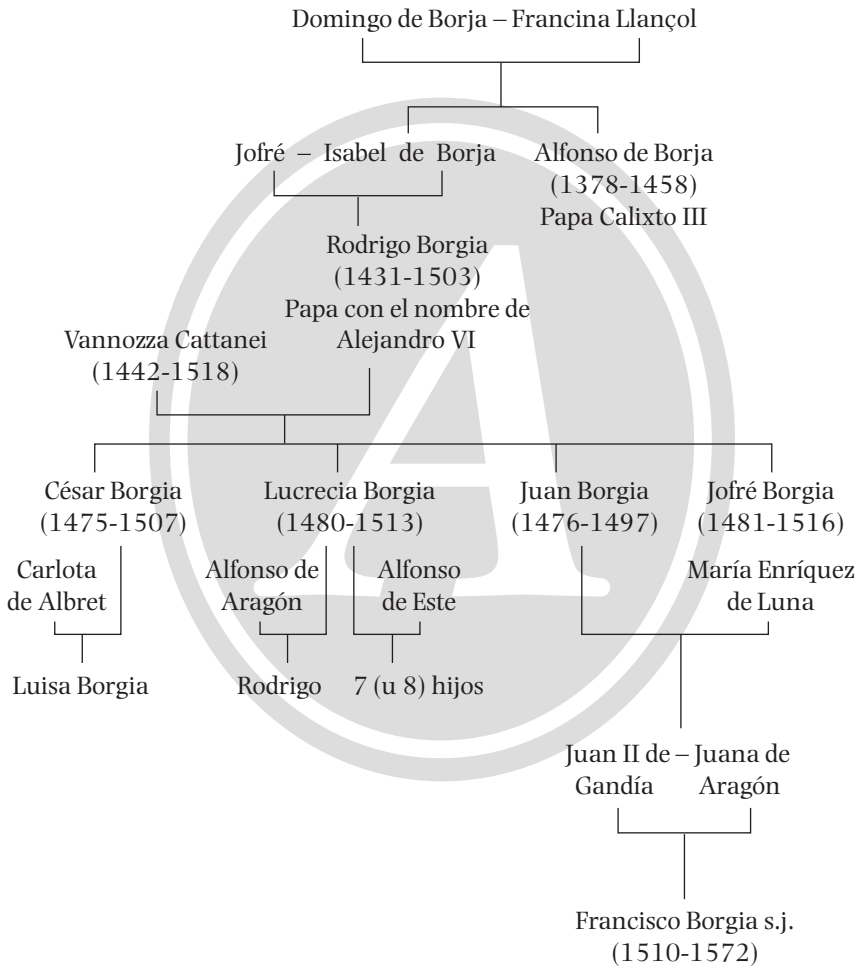
17. “El más grande de los Borgia”	385
18. Una familia que fue víctima de la posteridad.....	397
Conclusión.....	411



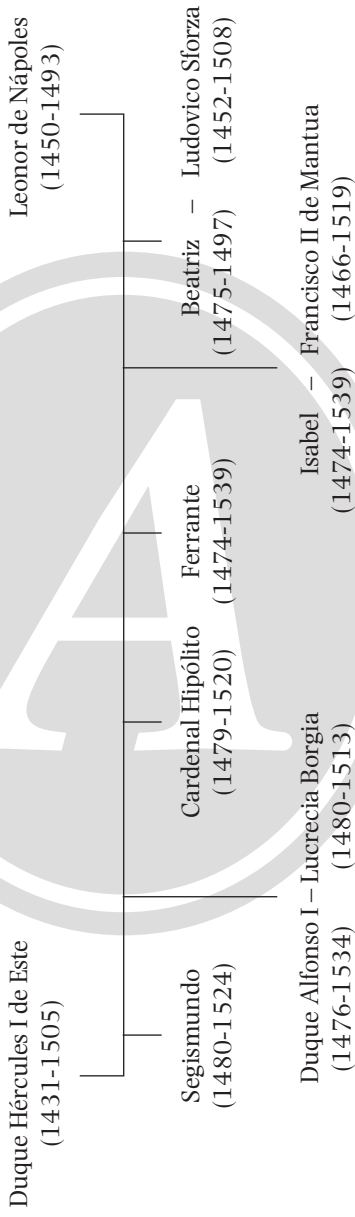
Genealogías



LOS BORGIA



FAMILIA DE ESTE

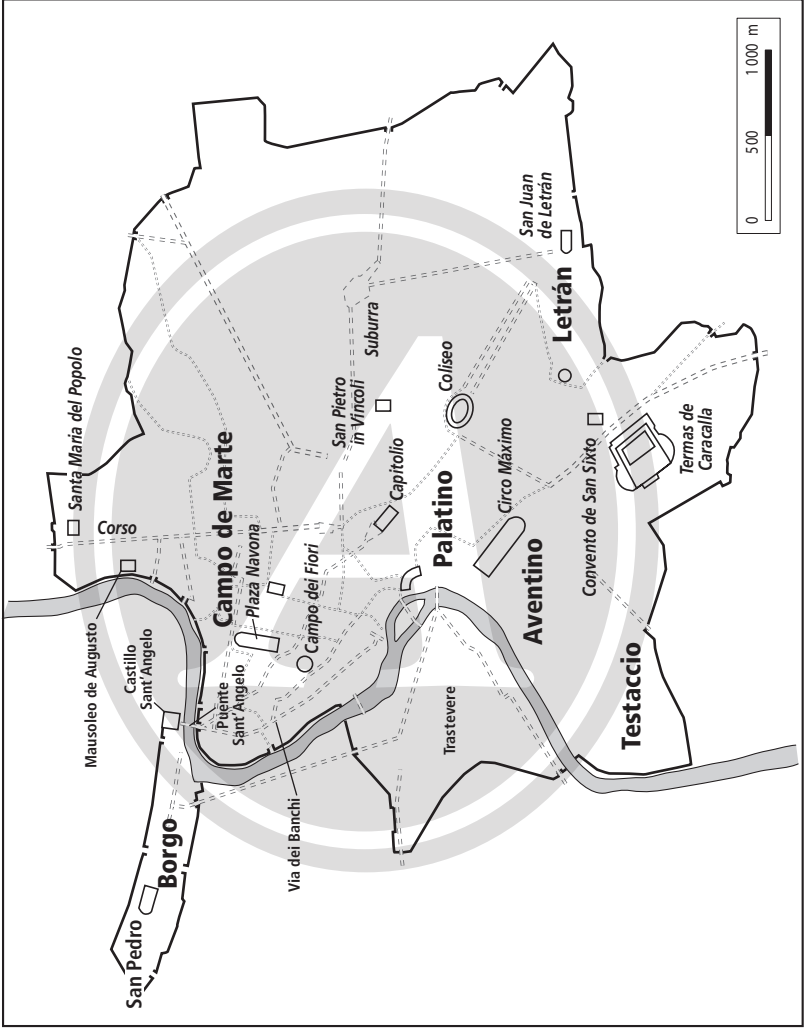




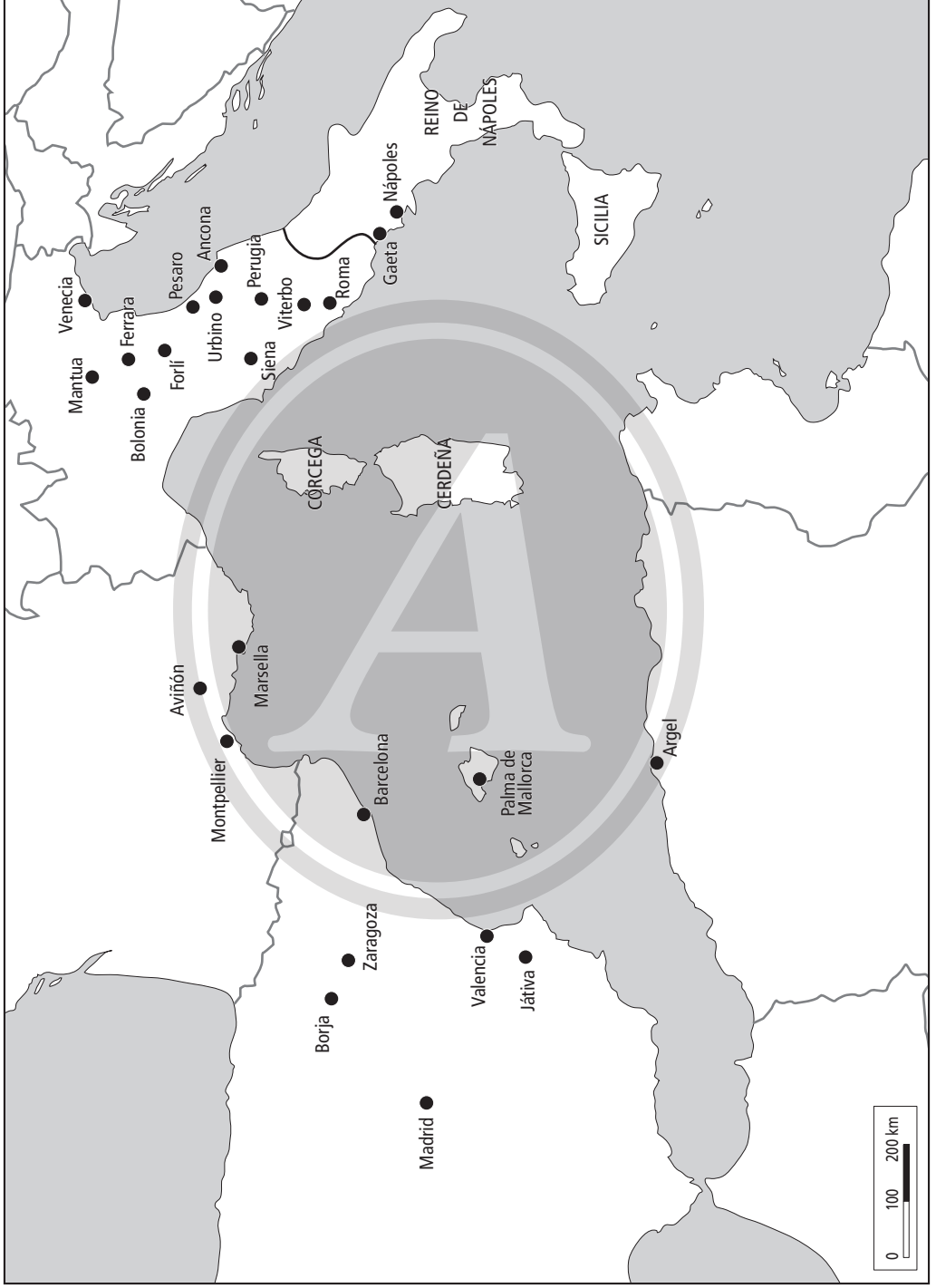
Mapas



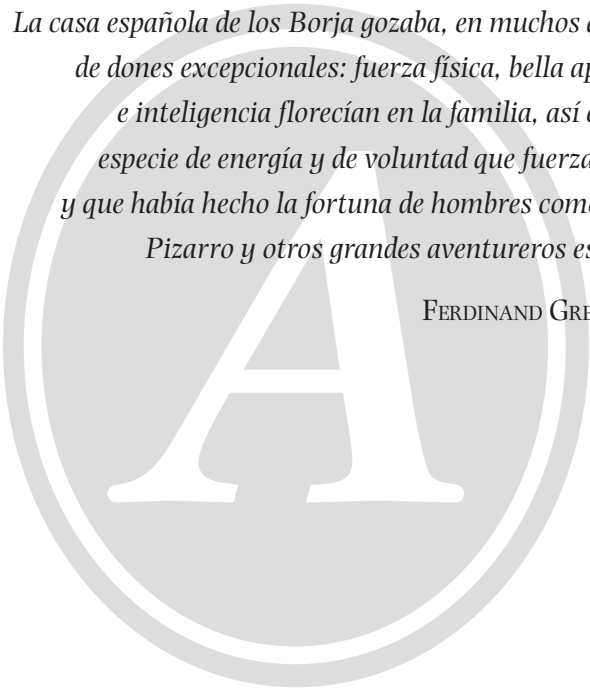
LA ROMA DE LOS BORGIA



LA EUROPA DE LOS BORGIA







*La casa española de los Borja gozaba, en muchos aspectos,
de dones excepcionales: fuerza física, bella apariencia
e inteligencia florecían en la familia, así como esa
especie de energía y de voluntad que fuerza el éxito,
y que había hecho la fortuna de hombres como Cortés,
Pizarro y otros grandes aventureros españoles.*

FERDINAND GREGOROVIVS



Introducción

LA HIDRA DE TRES CABEZAS

En la Biblioteca Vaticana existe un fondo Borgia, sobre el cual el investigador se abalanza con avidez, persuadido de que en ese lugar mítico encontrará documentos escandalosos ¡o algo peor! En realidad, en ese fondo solo hay valiosos pero inocentes manuscritos orientales (coptos, árabes, siríacos...). Es que el nombre de Borgia no es una marca registrada, garantía de escándalo e infamia, y esa famosa familia tenía su costado de normalidad: el fondo fue reunido en el siglo XVIII por el respetable cardenal Stefano Borgia, procedente de una conocida familia de Velletri, primo lejano de los célebres catalanes que marcaron definitivamente la historia –y la imagen– del papado.

El hecho de que la Iglesia, que tiene una larga memoria, dude desde hace mucho tiempo en elegir un Papa francés quizá se deba al recuerdo de la confiscación de la institución por parte de Francia, que la acaparó en Aviñón de 1309 a 1418. Y si también parece poco dispuesta a elegir a un cardenal español, tienta suponer que es por otro recuerdo, no tan lejano, tratándose de una institución vinculada con la eternidad: el de las extravagancias adjudicadas al último Papa “catalán”: Alejandro VI Borgia. Este dejó en el lenguaje común un vocablo genérico: en adelante, un “Borgia” no podía ser

otra cosa que un autócrata corrupto, libertino y capaz de los más infames desbordes y de transgredir hasta los tabúes familiares...

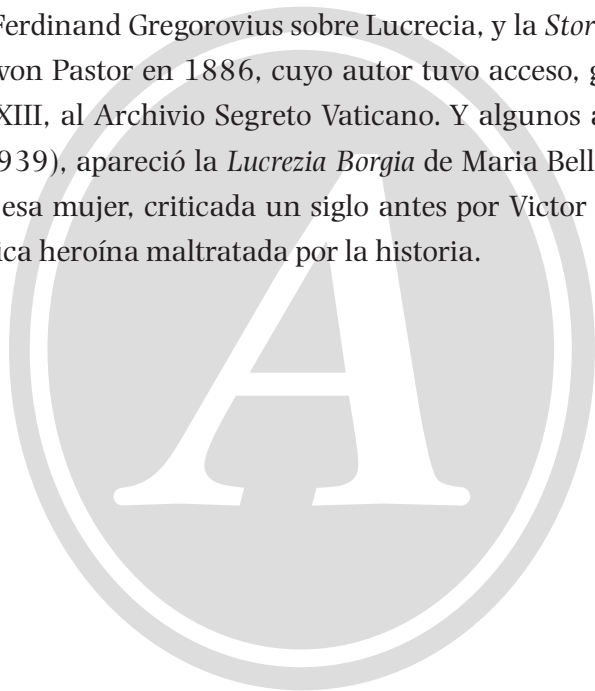
“Los Borgia” son una entidad concebida como una especie de hidra de tres cabezas, pues basan su fama mayormente en tres personajes excepcionales: Rodrigo (Alejandro VI) y sus hijos César y Lucrecia. Pero sufren, desde hace mucho tiempo, los efectos de una doble mirada. Una favorable, en Cataluña, que exalta su historia... catalana. En Valencia, aquellos a los que todavía denominan “los Borja” se benefician con una atención erudita y turística. Las genealogías de sus diferentes ramas florecen en la región. Existe allí una *Revista Borja*, muy seria, publicada por el Institut Internacional d'Estudis Borgians, la Generalitat Valenciana designó al año 2000 “*Any Borja*”, y hay una “ruta Borgia” que va hasta allí desde la ciudad balnearia de Gandía, cuyo ducado compró el futuro Alejandro VI en 1485 para su hijo Pedro Luis, en Játiva. Aquí se muestra la casa natal del propio Alejandro, y frente a la iglesia colegial Santa María puede verse su estatua junto a la de Alfonso de Borja, el primer Papa de la familia. La otra mirada, italiana en este caso y francamente menos benévola, analiza lo que fue el apogeo de la carrera de los Borgia, cuando estos alcanzaron la suprema dignidad europea: el pontificado. Pero treinta y siete años después de la consagración del primero de ellos, Alonso de Borja i Llançol, llamado Calixto III, su sobrino, Roderic Llançol i de Borja (Alejandro VI), logró, con su hijo César de Borja, alarmar e incluso escandalizar a los italianos, aunque la época ya los había entrenado en materia de cinismo político-moral. La leyenda de Lucrecia Borgia ya estaba bien instalada con los rumores difundidos por Giovanni Sforza, su primer esposo, repudiado por la familia Borgia, que debió reconocer una supuesta impotencia para que se anulara su matrimonio... Luego, todo un ejército de cronistas contemporáneos, unidos en el odio a esa familia, forjó y encuadró sólidamente la leyenda: Stefano Infessura, el hombre del clan

Colonna; el veneciano Marino Sanudo; Juan Burckard, maestro de ceremonias cauteloso, pero maligno y lleno de rencor; el historiador florentino Guicciardini, un partidario del monje Savonarola condenado a la hoguera por instigación de Alejandro; los implacables poetas Sannazaro y Pontano, ambos a sueldo del reino de Nápoles... sin contar los juicios políticos, punzantes y hostiles, de Maquiavelo.

Los desafíos superaban el nivel de la anécdota, edificante o escabrosa, porque tocaban la idea misma de papado en un momento decisivo de su historia, en el que estaba en juego, en particular, su imagen dentro del mundo cristiano: ¿sobre qué debía fundar su autoridad el Príncipe de la Iglesia? ¿Sobre su excelencia moral, como es, en principio, en la actualidad? ¿O, como otros príncipes de la época, sobre un poder material? Pero decir “poder”, en esos tiempos, era decir territorio sobre el cual apoyarse. Y entonces el Papa no tenía otra alternativa que conseguir, militarmente, un dominio que superara el tradicional “Patrimonio” que le correspondía. En ese caso, la asociación entre Alejandro y César reprodujo el binomio motor de la vida política italiana del Renacimiento: el par formado por el príncipe y su jefe de ejército, su *condottiere*, fortalecido, en el caso de los Borgia, por los lazos de la sangre. De ahí la acusación de nepotismo desmesurado que la posteridad les hizo a los Borgia, aunque sus predecesores ya habían recurrido a esta cómoda práctica tanto para enriquecer a la familia como para ofrecerle al Papa una guardia personal lo más segura posible.

De hecho, el descenso a los infiernos comenzaría muy pronto para los Borgia. Nunca es bueno para un Papa tener como sucesor a un hombre perseguido durante todo su pontificado. Es lo que sucedió poco después con Urbano VIII, el magnífico pontífice del barroco atacado por Inocencio X Pamphili, que realizó una auditoría de las finanzas del Vaticano mal manejadas por su pródigo predecesor. Pero esto ya había ocurrido con Alejandro VI Borgia, cuando Julio II

Della Rovere, su sucesor y enemigo, se negó a instalarse en sus aposentos del Vaticano, ricamente decorados por Pinturicchio, y optó por el piso superior, el de las famosas *stanze* de Rafael. Ese fue, para la figura de Alejandro, el comienzo de una larga *damnatio memoriae*, hasta el año 1860 y la gran obra de Jacob Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia*, que aborda la leyenda negra de los Borgia desde el punto de vista histórico. Este libro fue seguido por el texto, ponderado, de Ferdinand Gregorovius sobre Lucrecia, y la *Storia dei papi* de Ludwig von Pastor en 1886, cuyo autor tuvo acceso, gracias al papa León XIII, al Archivo Segreto Vaticano. Y algunos años más tarde (en 1939), apareció la *Lucrezia Borgia* de Maria Bellonci, que convirtió a esa mujer, criticada un siglo antes por Victor Hugo, en una auténtica heroína maltratada por la historia.



El Papa de la última cruzada

El asunto le preocupa particularmente a nuestro santísimo señor, que piensa día y noche en una sola cosa: encontrar la manera de aniquilar a los turcos.

ENEAS SILVIO PICCOLOMINI, *Opera inedita*

EL IRRESISTIBLE ASCENSO DE LA CASA BORJA

Es muy difícil percibir la verdadera historia de la familia “Borgia” detrás de todos los esfuerzos que esta realizó, una vez bien instalada en Roma en la segunda parte del Quattrocento, para dotarse de un brillo nobiliario que igualara a las dinastías italianas proveedoras de grandes personalidades de la Iglesia, como las familias Colonna o Caetani, cada una de las cuales contaba ya con dos Papas, o los Orsini, que tenían una enorme cantidad de cardenales. Los Borgia eran españoles, de muy baja extracción, y para ennoblecerlos convenientemente se necesitó la genealogía fantasiosa imaginada por (o para) Alejandro VI Borgia a principios de los años 1500, cuando este planeaba la boda de su hija Lucrecia con Alfonso de Este, heredero del prestigioso ducado de Ferrara.

¿Quiénes fueron entonces esos Borgia, llamados a un futuro tan brillante, en la época en que solo eran, muy cerca de Valencia, oscuros Borja? Su apellido había sido al principio un topónimo, quizá proveniente de *borg*, “torre” en árabe, y que en el transcurso del siglo XII, en la cuenca del Ebro, se había convertido en un patronímico. Los Borja ignoraban esta etimología y preferían otra, falsa pero más honorable: la de *boarius*, ese toro de gules sobre un campo de oro que aparece en su escudo de armas.

Alejandro VI intentó magnificar ese escudo, difundiendo que los Borja habrían sido descendientes del prestigioso don Pedro de Atarés (1083-1151), señor feudal de la ciudad de Borja, hijo de García Sánchez, señor de Aibar, Atarés y Javierrelatre, a su vez, hijo del conde Sancho Ramírez, bastardo de Ramiro I, primer rey de Aragón (1035-1063), cuando el reino solo era un pequeño territorio al pie de los Pirineos Centrales, alrededor de su primera capital, la aldea de Jaca. Este linaje justificaba la doble corona aragonesa, que también figuraba en el blasón de la familia. Hoy se sabe que en realidad Pedro de Atarés murió sin descendencia: esto arruina la hermosa construcción genealógica de los Borgia.

De todos modos, los comienzos de la familia, seguramente menos brillantes de lo que hubiera deseado Alejandro VI, coinciden con la gran aventura de la Reconquista, que fue el telón de fondo de la Edad Media y del Renacimiento españoles, y particularmente con la del futuro reino de Valencia. Al parecer, el término “Reconquista” data de alrededor de 1840: antes se decía, más francamente, “conquista”, ya que se trataba ni más ni menos que de apoderarse de tierras hispánicas ocupadas por los “moros” desde sus primeras ofensivas del siglo VIII hasta la formación del famoso reino de al-Ándalus.

En esos años 1220 se estaba en los albores de una etapa clave de la (re)conquista y en vísperas de una verdadera cruzada: a partir de una revelación que tuvo, según la leyenda catalana, en la noche de Navidad de 1228, Jaime I de Aragón soñaba con ser el continuador de los príncipes cristianos que, como Alfonso I “el Batallador”, el vencedor de Zaragoza (en 1118), habían iniciado el santo proceso. Este sueño coincidía con otro, más prosaico, de los comerciantes catalanes, cansados de ver sus naves permanentemente agredidas por los piratas moros al servicio de los señores musulmanes almohades establecidos en las Baleares y en las costas valencianas. El puerto de Barcelona estaba en su apogeo, como los

de Tarragona y Tortosa, y pretendía competir seriamente con sus poderosos homólogos italianos, Génova o Venecia. Era entonces el momento de librarse de los piratas, que, por otra parte, mantenían buenas relaciones con los italianos. Por lo tanto, los mercaderes catalanes decidieron financiar ellos mismos las operaciones, a cambio de opciones sobre las tierras reconquistadas, y otros puertos, como el de Marsella, insistieron para participar en esa conquista de ricos territorios, ya fueran las islas “mallorquinas” (las Baleares) o la región de Valencia.

El asunto adquirió rápidamente una gran envergadura y frente a la afluencia de los potenciales aliados, hubo que elegir: a fin de cuentas, la decisión de lanzar la expedición había surgido de un consenso entre las *Corts* catalanas (asambleas que representaban a la nobleza, el clero y la burguesía locales), el Papa, el rey Jaime I y el gran maestre de la Orden del Hospital, Hugues de Forcalquier, todos aconsejados por quien era, en esa época, el mejor conocedor de los “sarracenos”: Blasco de Alagón, el “mayordomo” de Aragón.

El ataque a las Baleares se llevó a cabo en 1229, y el 11 de septiembre, los 155 buques de la armada, de mayoría catalana, atracaron en Cala di Santa Ponsa. Madina Mayurqa, es decir, Palma de Mallorca, cayó al final de diciembre: hubo tal cantidad de cadáveres que se desencadenó una epidemia mortífera, tanto entre los sitiadores como entre los sitiados. Las poblaciones musulmanas eran reducidas a la esclavitud cuando no podían pagar los nuevos derechos señoriales, las tierras liberadas fueron repartidas entre colonos italianos, catalanes y provenzales u occitanos franceses, y la isla fue anexada a la corona de Aragón en 1230. Fue un momento importante de la reconquista y dio lugar a una obra apologética, redactada en forma de autobiografía, la *Crónica de Jaime I*, de Jaime I “el Conquistador”, que empezaba así a concretar su sueño. Faltaba la segunda parte de la empresa, la ofensiva terrestre, pero ya se había

lanzado el movimiento de colonización y empezó a agudizarse seriamente la codicia por las ricas tierras valencianas.

Con el aval de las *Corts*, el ejército, predominantemente aragonés esta vez, se lanzó hacia el sur, es decir, hacia la *Taifa* (“el reino”) de Valencia, en 1232. Su avance fue lento: al principio, en 1233, tomó las aldeas de Burriana y Peñíscola: en 1238, Valencia, y en 1244, Játiva, la futura patria de los Borja. Se necesitaron varios años más para llegar al sur del territorio, a Alcira, la ciudad de los poetas árabes andaluces, que cayó el 30 de diciembre de 1242. Los acuerdos pactados entre Aragón y Castilla limitaron allí la penetración cristiana en tierra musulmana: esto consagró, en 1245, un tratado firmado con el jefe al-Azraq, Mohammad Abu Abdallah Ben Hudzäil al Sähuir, hijo de un musulmán y una cristiana, y habitué de las cortes de Aragón, Valencia y Granada. A pesar de estos acuerdos, al-Azraq (“el azul”, en referencia a sus ojos) se rebeló dos veces, en 1248 y luego en 1258: esto obligó a Jaime I a llevar a cabo una contraofensiva, que fue victoriosa y le dio al reino de Valencia fronteras estables, hasta la ciudad de Biar. El territorio (re)conquistado se convirtió en un auténtico “reino” en 1261, cuando Jaime I promulgó los *Fors* de Valencia, legislación particular que garantizaba por cuatrocientos años la autonomía de ese “reino de Valencia”. Pero inmediatamente después de la conquista se efectuó el reparto, esperado, de las tierras abandonadas por los musulmanes, y en esta oportunidad descubrimos por fin a los Borja, que supieron aprovechar muy bien aquel reparto.

En efecto, se le encargó a un tal Esteban “de Borja”, es decir, proveniente de la ciudad de Borja, al oeste de la provincia de Zaragoza, la difícil tarea de distribuir entre los colonos cristianos las tierras abandonadas o confiscadas. Decían las malas lenguas que Esteban favoreció a los Borja, que obtuvieron de este modo el más bello de los dominios ofrecidos a los “colonos” en la región de Játiva: en la

España de la época, esa repentina opulencia solo podía ser consagrada por el ennoblecimiento de la familia.

Sin embargo, la evidente aspiración a la nobleza del clan Borja tenía sus fundamentos, aunque esa nobleza solo podía ser prestada. Al parecer, a lo largo del siglo XIV prosperaron los negocios de Esteban, y luego los de toda la familia, ya que después de 1350 una de sus ramas ocupaba la Torre de Canals, modesto castillo ubicado en la aldea, también modesta, de Canals, cerca de Játiva, como una baronía concedida. Su titular era Domingo de Borja, casado con una “dama Caterina”. La descendencia de esta pareja tendría un fulgurante ascenso: la baronía sería transmitida a su hijo, también llamado Domingo de Borja, y el hijo de este con su esposa Francina Llançol, Alfonso de Borja, nacido el 31 de diciembre de 1378, sería el futuro papa Calixto III.

Eso no era todo: en 1419, la hermana de Alfonso, Isabel de Borja y Cavanilles, de nobleza muy baja a pesar de su apellido compuesto, se casó con su primo Jofré Llançol i Escrivà, de la rama Borja que se había aliado, a mediados del siglo XIV, con los prestigiosos Oms Fenollet, por el casamiento de Francesca de Fenollet (“Na Fenolleta”) con un tal Rodrigo Gil de Borja. Los Oms Fenollet eran una noble familia de Cataluña, vinculada a la mayoría de sus homólogos del reino de Valencia. Y Rodrigo –el futuro Alejandro VI–, hijo de Isabel y Jofré, estaría aliado entonces, *de facto*, a la nobleza valenciana mediana. Esta alianza era importante: la entrada de Francesca de Fenollet en la historia de la familia Borja representó un formidable paso adelante, ya que ella descendía de dos antiguos linajes de la España poscarolingia, propietarios de dominios en el Rosellón (la actual región de Perpiñán), en el Conflent (valle alto y medio del Têt, al pie del Canigó) y el Capcir (el alto valle de Aude). Esto les permitiría a los futuros “Borgia” incluir en sus escudos de armas las seis franjas alternadas de sable (negro) y oro que provenían de la familia Oms.

El hecho es que a pesar de un siglo XIV particularmente alterado por “pestes”, como la que se abatió sobre España a partir de 1348, y de conmociones recurrentes, como los diversos pogromos contra judíos y musulmanes (1321, 1348, 1391), los Borja, que venían de lejos, lograron ocupar en algunas decenas de años un lugar privilegiado en sus tierras de conquista, en el seno de un reino en plena expansión que ya se extendía de Montpellier a Játiva, y alcanzar un nivel nobiliario que les dio acceso a los mundos de la universidad y de la Iglesia, pasajes obligados para quien pretendiera acercarse a las cortes principescas y eclesiásticas.

Pero ese “ascenso social” no fue milagroso: en aquel momento, España estaba en pleno desarrollo, y los Borja, que habían obtenido un feudo cerca de Valencia siguiendo a Jaime I, supieron aprovechar las oportunidades que ofrecía el vigoroso avance de la influencia hispánica hacia el este y la confusión en la que se debatía el papado, atrapado en Aviñón e involucrado, con el Gran Cisma, en una de las crisis más graves de su historia moderna.

EL PRIMER PAPA DE LA FAMILIA

El primer “Borgia” que salió de las sombras fue Alfonso de Borja, futuro Calixto III. Su abuelo paterno era, como vimos, Domingo de Borja, que se casó en primeras nupcias con Caterina. Residían en el señorío de Torre de Canals, que el rey Jaime I de Aragón le había cedido en el siglo XIII al conde Dionisio de Hungría como recompensa por sus buenos servicios. Por una razón que no conocemos, la rama menor de la familia Borja heredó el “palacio” al que la Torre de Canals le debía su nombre. El padre de Alfonso, Juan Domingo de Borja, pertenecía, en efecto, a esa rama de la familia más importante de la ciudad de Játiva, capital del territorio de Júcar de 1244 a 1707

y segunda ciudad del reino de Valencia. Todo lo que sabemos de él es que hacia el final de su vida recibió los calificativos de *honorabilis* u *honrat*, que consagraban –como mínimo– su “honorabilidad” en la ciudad.

Por lo tanto, Alfonso nació probablemente en la Torre o “Torreta” de Canals, el 31 de diciembre de 1378. Su madre, Francina (o Francesca) “Llançol” (este patronímico no es seguro), es casi desconocida para nosotros, pero sabemos que el niño fue inmediatamente bautizado en la basílica Santa María de Játiva, donde una estatua lo sigue recordando en la actualidad. Fue el único hijo varón. Tuvo cuatro hermanas: Isabel, Catalina, Francisca y Juana.

Conocemos poco sobre los años de formación de Alfonso. Según una interesante tradición, sus padres se lo presentaron a los tres años, por lo tanto en 1381, a un personaje cuya presencia marcaría su destino, el dominico valenciano, luego santo, Vicente Ferrer: una tradición viva que aún hoy se recuerda en el lugar.

Según Bartolomeo Sacchi, director de la Biblioteca Vaticana en los años 1480, Alfonso recibió de sus padres una “educación liberal”, cursó su escuela primaria en Canals y luego asistió al Estudio de Játiva, donde, desde 1319, había cátedras de latín y de lógica, más tarde se dedicó a las artes (retórica, gramática, dialéctica) en Valencia y llegó finalmente, en 1393 (¡a los quince años y por veinte años!) a la Universidad de Lérida, el famoso Estudi General fundado en 1300 por Jaime II. Allí siguió una doble carrera, que lo llevó a un doctorado *in utroque iure*, es decir, en Derecho Civil (licenciatura en marzo de 1413 y doctorado en octubre del mismo año) y en Derecho Canónico (licenciatura en julio de 1411): esto le permitió iniciar una carrera de jurista y al mismo tiempo una eclesiástica. Debe de haber sido un excelente estudiante, ya que poco después de defender su tesis le ofrecieron un cargo de “lector” en una cátedra y el famoso cronista aragonés Jerónimo Zurita, en sus *Anales de la Corona de*

Aragón, redactados entre 1562 y 1580, lo calificó como “un hombre de gran erudición en derecho civil y en derecho canónico, y de gran competencia y gran experiencia”. Alfonso nunca olvidaría los años pasados en Lérida: toda su vida estuvo atento a la ciudad, y sobre todo, a esa universidad que había dado origen a su brillante carrera.

Su fama de jurisconsulto llegó muy pronto, sin que se supiera exactamente cómo, a oídos del rey de Aragón Martín I el Humano, que el 28 de enero de 1408 le ofreció a ese brillante estudiante, cuando aún no se había licenciado en Derecho, el importante cargo de asesor del bailío de Lérida: una especie de consejero jurídico.

Al mismo tiempo, el joven entró de lleno en la gran historia de la época, ya que el papa cismático Benedicto XIII (Pedro de Luna) lo nombró en 1411 auditor de su Cámara Apostólica y luego canónigo penitenciario de la catedral de Lérida y director del obispado, un puesto que implicaba horas de enseñanza de Derecho Canónico en el Estudi. Todo esto constituía, para un hombre de treinta y tres años, y tomando en cuenta su modesto origen, un magnífico comienzo de carrera. Sin embargo, corría el gran riesgo de aparecer como el hombre de confianza de un impostor, el antipapa español Benedicto XIII, y eso podía arruinar definitivamente esa carrera o limitarlo a empleos locales.

Esto no ocurrió, pero es imposible entender las condiciones de acceso de la familia Borja a los honores más grandes sin retroceder rápidamente ciento diez años para considerar el drama del exilio del papado, expulsado de su sede natural e instalado en el corazón del Condado Venaissin, en esa Aviñón que muestra todavía hoy las marcas sólidamente impresas de aquella improbable promoción, y donde se fabricó la imagen del papado durante varios siglos.

LOS PAPAS DE AVIÑÓN: DE LOS LEMOSINOS A LOS ESPAÑOLES

La entrada de los Borja a la gran carrera eclesiástica se produjo, en efecto, en un período complicado, con un usurpador aragonés, un Papa “aviñonés”, Pedro de Luna (1394-1423), que eligió el nombre Benedicto XIII. El papado se había reubicado en Aviñón después de la elección *in absentia* del arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, con el nombre de Clemente V, el 5 de junio de 1305, en un cónclave reunido durante casi un año en Perugia. El deber del recién elegido era volver al Vaticano, pero muy pronto mostró que no deseaba dejar su querido sudoeste para establecerse en una Roma demasiado agitada. Dominado por la personalidad de Felipe el Hermoso e involucrado poco tiempo después en el oscuro asunto del juicio y la matanza de los Templarios, una Orden que decidió suprimir el 22 de marzo de 1312, después de haber pensado instalarse en Lyon, terminó eligiendo Aviñón, ciudad del “primer puente” sobre el Ródano, cómoda y rica, en medio del Condado Venaissin, que pertenecía a la Santa Sede y estaba bajo la autoridad de la familia de Nápoles, en principio vasalla del Papa. Si esa ubicación era provisoria, no llamaría la atención de nadie, ya que la corte pontificia, como las demás cortes, se desplazaba con frecuencia lejos de su base: no estaba permanentemente en su sede romana. Francia se encontraba cerca, algo que era importante para el papa Clemente, y como Italia era fácilmente accesible desde Aviñón, se podía mantener la idea –o la ficción– de un inminente regreso del Papa a Roma, una idea capital para los cardenales italianos, a quienes la proximidad de Francia no les gustaba demasiado. Para escapar a la influencia de esos cardenales, Clemente V hizo uso, muy pronto y abundantemente, de su derecho de crear otros cardenales, de modo que en 1313 tenía junto a él a dieciocho, todos “meridionales”: doce gascones y seis parientes. El 20 de abril de 1314 Clemente murió en Roquemaure

de un cáncer, un mes y dos días después de la ejecución de Jacques de Molay, el gran maestro de los templarios, y la supuesta “maldición” que lanzó este desde la hoguera. Clemente había desviado 300.000 florines destinados a una cruzada, prevista para 500 caballeros, que nunca partió. Sus parientes y las “buenas obras de Gascuña” aprovecharon muy bien ese dinero. El nepotismo gascón funcionó a pleno: al morir el Papa, quedaban solo 70.000 florines en la caja para su sucesor.

Con tantos cardenales gascones, la elección de ese sucesor parecía garantizada, pero no fue suficiente y se produjeron algunas demoras. El 7 de agosto de 1316, los seis cardenales franceses y los siete italianos, que no simpatizaban entre sí, terminaron por unir sus votos contra los gascones para designar a Jacques Duèze (Juan XXII), ex obispo de Aviñón, un auténtico hijo de la ciudad comercial de Cahors, que tenía dificultades con la lengua de oíl. La votación se realizó bajo presión, ya que el regente de entonces, el conde de Poitiers, mandó encerrar a todos esos cardenales en Lyon, en el convento de los hermanos predicadores, con la promesa de no liberarlos hasta que designaran al nuevo Papa. Finalmente, Jacques Duèze, el papa Juan XXII, se instaló definitivamente en la ciudad de Aviñón, que poco a poco se había convertido en la verdadera sede del papado. Por su edad, setenta años, fue considerado como un Papa de transición, pero llevó a cabo, hasta su muerte, el 4 de diciembre de 1334, una política de una inesperada firmeza: en 1317 hizo condenar a la hoguera al obispo de Cahors (los peores traidores son los allegados), que había intentado hechizarlo y envenenarlo, y luego, en Marsella, a cuatro franciscanos considerados “herejes”, y redujo la oposición de los *fraticelli*, “hermanitos”, que predicaban la pobreza de la Iglesia, imitando el despojamiento absoluto de Cristo y sus discípulos. Hizo todo esto en una época en que se reafirmaba el poder temporal de la Iglesia, como lo demostró Juan XXII al

oponerse a Luis de Baviera, emperador de Alemania, que había ido a Roma para ser coronado por un antipapa provisional, un franciscano que se hizo llamar, por algunos meses, Nicolás V... El final de su vida fue ensombrecido por una compleja disputa teológica, en la que se involucró profundamente hasta ser acusado él mismo de herejía: se trataba de saber si los santos gozaban desde el principio de la visión beatífica de Dios o si necesitaban esperar para ello, como los demás, el Juicio Final. Juan XXII murió el 4 de diciembre de 1334, a los noventa años.

Lo sucedió inmediatamente Jacques Fournier (Benedicto XII), riguroso monje cisterciense que volvió a poner sobre la mesa la cuestión de la cruzada oriental, una cuestión que pronto se volvió caduca por el estallido de la Guerra de los Cien Años, el 10 de noviembre de 1337. Su pontificado estuvo marcado sobre todo por la contraofensiva árabe en España, que terminó con una brillante victoria cristiana, la de Tarifa, en el extremo sur de la península ibérica, y causó por lo menos 20.000 muertos. Pero el rey Alfonso XI de Castilla, aliado con Alfonso IV de Portugal, destrozó, con la ayuda de un contingente aragonés, un ejército de 60.000 moros. Fue un verdadero triunfo para la cristiandad: los dos reyes despacharon de inmediato a Aviñón una rica caravana, conducida por Juan Martínez de Leyna, con los despojos del ejército árabe, y el Papa mandó colgar trofeos y estandartes enemigos en las vigas de la gran capilla San Juan. Finalmente consolidó la presencia papal en Aviñón reforzando la arquitectura del Palacio de los Papas, con torres provistas de matacanes. El poeta Petrarca, siguiendo al partido italiano, no se lo perdonó: abandonó la ciudad, diciendo de paso que era “la más aburrida del mundo”, y se refugió en Vaucluse (actual Fontaine-de-Vaucluse), desde donde siguió atacando al Papa. Benedicto XII, que seguramente no merecía semejante despliegue de odio, falleció, con las piernas llastadas y gangrenadas, el 25 de abril de 1342.

Luego fue Clemente VI “el Magnífico”, también llamado “el fastuoso lemosino”, nacido en el departamento de Corrèze, región de Lemosín, con el nombre de Pierre Roger, quien creó rápidamente veinticinco cardenales, entre ellos, once... lemosinos. Vilipendiado por Petrarca a causa de su presunto libertinaje, arraigó un poco más profundamente al papado en Aviñón comprándole la ciudad en 1348 a su soberana, la reina Juana I de Nápoles, que se encontraba en una emergencia financiera: embelleció el austero Palacio de los Papas y adquirió, con los ahorros de su predecesor, una villa rural en Villeneuve-lès-Avignon. Su pontificado estuvo marcado por la terrible peste que, procedente de Asia, cayó sobre Aviñón en 1348: en ella murieron seis cardenales y la famosa Laura de Petrarca. Se culpó de la peste a los judíos, pero Clemente VI los protegió enérgicamente.

Para el público, su pontificado se caracterizó por una nueva práctica: la manía de rodearse de mujeres hermosas y brillantes. Entre esas “damas de la familia del Papa”, que hacían disminuir las cuentas pontificias, a los contemporáneos les llamó la atención una jovencita de dieciséis años, Aliénor de Turena, a quien el Papa hizo casar con su sobrino Guillaume Roger de Beaufort, de diecisiete años: esta boda le permitió recuperar el condado de Turena, vecino de las tierras de los Beaufort, en Rosiers-d'Égletons. Más tarde, otros Papas perfeccionaron, con suertes diversas, ese arte de casar a los jóvenes de la familia. Por otra parte, se le atribuyeron a Clemente, sin demasiadas pruebas, varias amantes, a cuyos hijos habría favorecido con altas dignidades. Murió el 6 de diciembre de 1352, minado por los abscesos y los tumores que le causaban sus cálculos renales. Esto provocó la alegría de Brígida de Suecia, una mística inspirada, a la que el papa Juan Pablo II designaría en 1999 una de las co-patronas de Europa: “El Papa ha muerto. ¡Bendito sea este día, pero no ese señor!”. La santa le reprochaba su lujo, que comparaba con el de

Salomón, y su obstinación, a pesar de sus reproches, en permanecer en su agradable palacio aviñonés.

Después de Pierre Roger, vino otro lemosino, en este caso, oriundo de Beyssac, cerca de Pompadour: Étienne Aubert. Con el nombre de Inocencio VI, trabajó desde Aviñón para restaurar los cimientos del poder pontificio, es decir, para asegurarle, en Italia, un territorio digno de ese nombre: condición mínima, vista la situación, para pensar en un regreso a Roma. Tuvo la feliz idea de encargarle esta tarea al enérgico cardenal castellano Gil Álvarez Carrillo de Albornoz, héroe de la Reconquista y uno de los vencedores de Tarifa, que la llevó a cabo entre 1353 y 1361: avanzó hacia Les Marches y la Romaña, tomó Faenza y Forlì, sometió a Senigallia y luego a Ancona, y consiguió reunir los Estados Pontificios en torno a un corpus de leyes, las famosas Constituciones Egidianas, que estuvieron en vigor allí hasta 1816. Lo que persuadió sobre todo al Papa en cuanto a la necesidad de militarizar su función fue el peligro que representaban para la corte de Aviñón las compañías de mercenarios que a veces quedaban desocupados en la Guerra de los Cien Años: estaban el siniestro “Arcipreste” Arnaud de Cervol y los “Tard-Venus” de Seguin de Badefol, cuyo paso, aun cuando logró alejarlos a cambio de dinero, convenció a Inocencio VI de que debía encerrar a la institución pontificia entre sólidas murallas y reclutar fuerzas propias. Reunió 400 soldados. Pero cuando murió, agotado por todos esos inconvenientes militares, el 13 de septiembre de 1362, la tarea había quedado inconclusa y todavía no era posible volver a Roma.

El siguiente cónclave, reunido en el Palacio de los Papas, optó esta vez por un noble de Grizac, Lozère, Guillaume de Grimoard, en ese momento abad de San Víctor de Marsella, que eligió el nombre de Urbano V. Era un monje, un benedictino, y siguió siendo un monje durante todo su pontificado: usaba obstinadamente su sayal, en toda circunstancia. Él también estaba imbuido del espíritu de cruzada,

y cuando llegó a Aviñón Pedro de Lusignan, rey de Chipre, última defensa de la cristiandad frente a la amenaza turca, alentó la esperanza de organizar una cruzada conducida por Juan II de Francia, el Bueno, y desembarazarse al mismo tiempo de los mercenarios de las grandes compañías enviándolas a las cruzadas: sus capitanes lo rechazaron de inmediato, porque les parecía absurdo ir a buscar lejos lo que tenían allí mismo. Por otra parte, el proyecto de la cruzada se interrumpió con la muerte de Juan el Bueno. Pero seguían estando allí las grandes compañías: como había fracasado la idea de una cruzada oriental salvadora, Urbano V pensó proponerles ir a España a apoyar a Enrique de Trastámara, que le disputaba el trono de Castilla a su medio hermano Pedro el Cruel. Su portavoz, Bertrand Du Guesclin, aceptó en nombre de ellos y, antes de partir hacia Castilla, pasó por Aviñón para chantajear al Papa, que debió pagarles, a título de “préstamo”, 4000 francos oro. Finalmente partieron el 26 de enero de 1366 hacia Montpellier, donde recaudaron al pasar un “impuesto” de 1000 francos oro.

Ahora el Papa tenía el campo libre para cumplir su más caro deseo: al elegir el nombre Urbano V, reveló su voluntad fundamental de recuperar la *urbs*, la ciudad de Roma. Era un buen especialista en Italia y en el momento de su elección estaba justamente con la reina Juana de Nápoles, cuyo marido acababa de morir, con la misión –imposible– de devolverle la calma a su reino. En 1366, en principio liberado de las grandes compañías, tomó la decisión de regresar a Roma, para alegría de Petrarca, y para disgusto del rey de Francia, Carlos V, y de los cardenales franceses: hizo el viaje, en pequeñas etapas, en la primavera de 1367. El Papa entró a la ciudad el 30 de octubre de ese año: fue un triunfo, ya que el pueblo, alborozado, estaba convencido de que por fin había regresado la prosperidad, durante tanto tiempo exiliada en Francia. Pronto llegó el rey de Chipre, siempre en busca de voluntarios para una cruzada, seguido por Juan Paleólogo,

emperador de Constantinopla, que fue a pedir, en vano, la ayuda occidental contra los turcos.

Durante todos esos años de ausencia del Papa, el ambiente romano se había degradado: ¡según un teólogo de la época, había incluso religiosas que usaban faldas “por encima de la rodilla” y monjes que circulaban a caballo, con la espada al costado! ¡Se necesitaba un Papa omnipresente para enderezar eficazmente las costumbres! Urbano no había tenido demasiado tiempo para eso. Los romanos pensaban que ahora que el papado había recuperado su impronta italiana, debían tener cardenales italianos. Ante la sorpresa general, había uno solo entre los ocho del grupo del 22 de septiembre de 1368, y eso causó una pésima impresión. En cuanto a los Estados Pontificios, no estaban del todo asegurados. Había rebeliones, como la de Perugia, que requirió los servicios de la temible compañía del mercenario inglés John Hawkwood: ¡el propio Papa fue amenazado un tiempo en su residencia de verano de Montefiascone! Eso era demasiado: a Urbano V solamente le quedaba regresar a Aviñón, y lo hizo, a regañadientes, el 5 de septiembre de 1370. Lo vivió como un fracaso. Nunca se repuso de ello y entregó su alma el 19 de diciembre.

Con el siguiente Papa, el pontificado volvió a una familia lemosina ya conocida: la de los Roger de Beaufort, de Rosiers d'Égletons. Esta vez eligieron a Pierre Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI, que se llamó Gregorio XI. Fue el último Papa lemosino, y por lo tanto, el creador de la última serie importante de cardenales de esa región. Su obsesión fue la herejía. La combatió en el Delfinado, en Sicilia, en Alemania y sobre todo en Aragón, hacia donde envió a un especialista, Nicolás Eymerich, autor de un valioso *Manual de los inquisidores* (1376), que llegó hasta nosotros. Intervino, con fortunas diversas, en los complicados asuntos de Italia del Norte: Milán se rebeló, Florencia también, hubo nuevos conflictos en los Estados Pontificios, y él pensó enviar a esas regiones a mercenarios bretones

comandados por Roberto de Ginebra. Esto produjo dos grandes masacres: una en Cesena, en febrero de 1377, y la otra en Bolsena. En la primera, hubo 400 muertos bretones y 4000 de Cesena, hasta que llegó el terrible Hawkwood para ayudar a sus colegas que estaban en problemas. Gregorio XI también decidió recuperar Roma, adonde había llegado el 17 de enero de 1377. Exhausto por las interminables guerras intestinas, recurrentes en esa incontrolable Italia del norte, falleció en la noche del 26 al 27 de marzo de 1378, cuando pensaba seriamente en un inevitable retorno a Aviñón.

Aunque fue caótico, el breve pontificado de Urbano V afianzó en los romanos la idea de que la cosa pontificia les pertenecía, y Urbano VI, el ex obispo de Bari Bartolomeo Prignano, fue elegido bajo la presión, o más bien la amenaza física, del pueblo de Roma, cansado de ver que la abundancia generada por la presencia pontificia volvía a tocarle a Francia. Esta fuerte presión física ejercida sobre el Sacro Colegio fue precisamente lo que abrió la puerta al mayor trauma de la cristiandad de ese momento: el famoso Gran Cisma que desgarró a Occidente. Todos sabían, en efecto, que la elección de Urbano VI se había desarrollado en condiciones muy alejadas de la serenidad necesaria para un cónclave. Por eso, los miembros del Sacro Colegio le pidieron a Urbano VI, desde Anagni, a 70 kilómetros al sudeste de Roma, donde se habían reunido, que tuviera a bien renunciar, para dejar vía libre a nuevas elecciones, más “normales”. El nuevo Papa, que ya había sorprendido a su entorno con extrañas muestras de autoridad, se negó a hacerlo con indignación, y los cardenales lanzaron contra él un anatema. Sin embargo, por evidentes razones de prudencia, se alejaron de allí, y en Fondi, a medio camino entre Roma y Nápoles, donde se sabían protegidos por el conde Caetani, eligieron como Papa, por unanimidad menos un voto, a Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII. La cristiandad, desconcertada con la dirección de dos Papas, una

situación tan escandalosa, se vio en la obligación de elegir. Francia reconoció a Clemente VII el 16 de noviembre de 1378, y pronto se le unieron, entre otros, Saboya, Chipre, Holanda y Austria, mientras que la alianza “urbanista” reunió a Inglaterra, Flandes, Hungría y el Imperio germánico. En cuanto a los reinos españoles, Aragón, Castilla y Portugal, tras un tiempo de latencia, también terminaron por adherir al partido “clementista”. Se creyó que llegaba por fin la hora de la unificación de la Iglesia, cuando se difundió la noticia de la muerte de Urbano VI. Lamentablemente, los cardenales “urbanistas” tuvieron la mala idea de elegir un sucesor para él: fue, por supuesto, un italiano, Pietro Tomacelli, que se llamó Bonifacio IX. El rey de Francia Carlos VI intentó seducir a Clemente con una expedición que volvería a colocarlo, solo, en el trono de san Pedro. Pero no se realizó. Decepcionado, hostigado por las tropas de Raimundo de Turena, sobrino de Gregorio XI, y atrapado en sucesivos conflictos que no dominaba, Clemente VII murió a los cincuenta y dos años, en Aviñón, de “apoplejía”.

Los veintiún cardenales reunidos en ese mismo Aviñón eligieron casi por unanimidad a un español piadoso, no demasiado marcado por ninguno de los bandos, un jurista de setenta años vinculado a la alta nobleza aragonesa y a la familia real: Pedro de Luna, doctor de la facultad –en ese momento, aragonesa– de Montpellier, que eligió el nombre de Benedicto XIII. A él también le disgustaba el cisma: antes de la elección, se había comprometido a hacer todo lo posible por eliminarlo y realmente se dedicó a ello iniciando un diálogo con el Papa romano, Bonifacio IX. Fue en vano. Se produjo un conflicto entre partidarios de la “cesión” (dimisión) del Papa aviñonés y de una “convención”, una reunión entre los partidos opuestos, de la que debía salir “la” solución. Muy pronto, Benedicto XIII fue el único partidario de esta última variante. Carlos VI y el clero francés lo abandonaron en julio de 1395, aunque conservó el apoyo español,

incluso cuando quedó solo en Aviñón con algunos catalanes y aragoneses. Su prestigio mejoró un poco, pero en marzo de 1403 le pareció más prudente irse de Aviñón. En Marsella recibió a los enviados de su nuevo rival romano, Gregorio XII, elegido en 1406, pero el rey de Francia ya había elegido su bando, el de la “cesión”, y frente a la hostilidad francesa Benedicto llegó a excomulgar al propio rey en mayo de 1408, antes de retirarse prudentemente a su Aragón. Tras una última reunión de 300 de sus partidarios, en su mayoría españoles, en Perpiñán, el 15 de noviembre de 1408, se impuso la idea de una necesaria unión incluso en su entorno, que lo exhortó a enviar delegados al concilio que se anunciaba en Pisa. Casi todos compartían la idea de que solo un concilio podía resolver la situación: cinco cardenales aviñoneses y ocho romanos, reunidos en Livorno en junio de 1408, decidieron entonces convocar un concilio en Pisa para marzo de 1409. De marzo a agosto, 300 delegados de la cristiandad analizaron la cuestión: el desaliento ante el escándalo del cisma era enorme, y desde el principio pusieron la vara muy alta, al acusar a los dos “papas” de brujería y de herejía e intimarlos a comparecer. Preocupados con razón, ambos se negaron a hacerlo y se refugiaron uno en su Aragón, y el otro en Nápoles. El Concilio de Pisa depuso a ambos y eligió a un nuevo Pontífice, un griego, el arzobispo de Milán, Petros Phylargis, llamado Alejandro V. En realidad, se completó el fracaso: la cristiandad tenía ahora no ya dos, sino tres Papas... Al morir Alejandro V, en 1410, el cónclave pisano persistió y eligió inmediatamente al extraño canónigo Baldassare Cossa, con el nombre de Juan XXIII. Cada Papa “reinaba” entonces sobre una especie de feudo espiritual: su propia “obediencia”. La de Benedicto XIII incluía a Castilla, Aragón, Navarra, Escocia, el ducado de Bretaña, Córcega, Cerdeña y los condados de Foix y de Armañac.

LOS BORJA EN MEDIO DEL CISMA

En medio de esas tribulaciones político-religiosas, el joven Alfonso “de Borja” cambió la calma de la universidad por el mundo, o más bien por Valencia. Su carrera sería patrocinada por las dos autoridades con mayor peso en la región: al poderoso apoyo del rey Martín I el Humano, que lo había nombrado asesor del bailío de Lérida, se agregó el apoyo del antipapa Benedicto XIII, atrincherado ahora en una fortaleza de Cataluña, en las montañas de Peñíscola. Este antipapa reforzó su posición, como vimos, al nombrarlo en 1411 auditor en su Cámara Apostólica, canónigo penitenciario de la catedral de Lérida y director del obispado. Eran cargos importantes, pero locales, y según la lógica, Alfonso, de muy baja extracción, debería haberse limitado luego a la región de su nacimiento o de sus estudios, y convertirse a mediano plazo, en el mejor de los casos, en el obispo de Lérida. Pero en ese momento su carrera tomó un nuevo giro y cambió de escala, gracias al Concilio de Constanza, reunido para corregir el lamentable fracaso del de Pisa y consagrar el final del cisma.

En Occidente la situación era grave. Los turcos se acercaban y frente a ellos, en primera línea, estaba fundamentalmente Segismundo de Luxemburgo, rey de Hungría y de los romanos, y emperador germánico desde 1411. Tras una cruzada que había terminado, en 1397, en una derrota frente al sultán Beyazid I, cerca de la actual ciudad búlgara de Nicópolis, ahora debía enfrentarlos en el cercano valle del Danubio. Por lo tanto, necesitaba más que nunca una cristiandad unida contra el poder de esos enemigos. Como el cisma impedía la unión de los cristianos, la única solución era, a su juicio, convocar un concilio, junto con el “papa” Juan XXIII, para salir de ese atolladero. Ese concilio sería el de Constanza: reuniría a casi 300 delegados, provenientes de toda la cristiandad latina, e incluso

de Oriente. En todas partes se organizaron reuniones preparatorias y se deliberó. Luego se enviaron delegaciones a Constanza, con las posiciones a tomar en cuanto a la elección del Papa y al sistema de convocatoria de los concilios.

Alfonso de Borja hizo entonces su entrada al mundo de la diplomacia de alto nivel. Había sabido hacerse apreciar por sus pares, ya que lo eligieron como delegado de la diócesis de Lérida a ese gran Concilio de Constanza previsto para 1416, que debía permitirle a la Iglesia salir del profundo pozo en el que estaba inmersa. El 21 de abril se reunieron los canónigos de Lérida para analizar la convocatoria que acababa de hacerles el nuevo rey Alfonso V el Magnánimo. Los canónigos reflexionaron: la cuestión era grave, ya que el concilio trataría nada menos que la cesión, es decir, la destitución del Papa. Tomaron su decisión el 4 de mayo: enviarían un delegado al concilio, pero con la condición de que la mayoría de los demás capítulos hiciera lo mismo. En este caso, el delegado sería Alfonso de Borja, *ita tamen quod procuracione causetur honeste*, es decir, con la condición de que ese “envío” no se tomara como una adhesión *a priori* al principio mismo del concilio. La delegación de Alfonso debería entenderse entonces como *ob honorem Dei et Ecclesie* (por el honor de Dios y de la Iglesia).

De hecho, el delegado no participó en los trabajos del Concilio de Constanza. De junio a diciembre de 1416 está comprobada su presencia en las reuniones de su capítulo, en Lérida. Por otra parte, ningún capítulo correspondiente a la corona de Aragón envió un delegado a ese concilio. Y el clero aragonés se alarmó al ver que el nuevo rey abandonaba a Benedicto XIII para manifestar su apoyo al concilio. Por eso el arzobispo de Tarragona anunció en enero de 1417 la realización de un concilio provincial para julio, en Barcelona, en principio para deliberar una vez más sobre el envío de un delegado a Constanza, pero en realidad para convencer al rey de renovar su

apoyo a Benedicto XIII. Siempre prudente, el capítulo de Lérida no se reunió hasta principios de julio para escoger un delegado ante ese concilio regional: fue elegido, otra vez, Alfonso de Borja, por unanimidad. No se sabe nada sobre su participación en Barcelona, pero allí tuvo la oportunidad de conocer al Magnánimo, y esto le daría a su carrera un impulso decisivo.

Esa reunión era crucial para la provincia, ya que Cataluña albergaba a uno de los responsables del cisma, Benedicto XIII, pero, por supuesto, no había ninguna posibilidad de que el concilio pudiera confirmar a ese “antipapa” en su función como Papa oficial. Todo el mundo sabía que lo apartarían. Por otra parte, forzado a enviar una delegación al Concilio de Constanza, lo hizo muy tarde. Sus delegados solo llegaron para enterarse de su destitución oficial, como la de los otros dos “antipapas”, y de la designación, por parte del cónclave, de un cardenal de buena familia romana, Oddone Colonna. Este fue proclamado Papa el 11 de noviembre de 1417, con el nombre de Martín V, y se reintegraría finalmente a la ciudad de Roma, a pesar de los reproches del rey de Francia, a quien le habría encantado conservar el papado en Aviñón.

Ese fue, en principio, el tan esperado final del Gran Cisma. Para el papado, no se trataba en modo alguno de un simple retorno a su base tras un paréntesis aviñonés negativo, pero al fin y al cabo sin grandes consecuencias. En Aviñón, en medio de las tribulaciones temporales, los Papas habían tomado conciencia de la necesidad de apoyarse en fuerzas realmente armadas. Aprendieron que un palacio podía ser una fortaleza, sabían ahora qué era una corte, comprendían la importancia de concentrar la administración pontificia en un lugar que no fuera solamente el centro moral de la cristiandad. En síntesis, sabían qué significaba y qué implicaba la expresión *caput mundi*, “capital del mundo”. Habían aprendido la lección, aunque se necesitó casi un siglo para que sus efectos se materializaran,

como veremos, en verdaderos programas político-militares, como el de los Borgia.

En cuanto a Benedicto XIII, vestigio de una etapa ya cumplida, en principio solo le restaba encerrarse en Peñíscola y dedicarse a su antigua pasión por los libros. Pero, a pesar del carácter absurdo de ese papado residual, Cataluña, que era la sede de un papado paralelo, tenía recursos para hacer resistencia, y hasta chantaje, y no se privaría de ello frente a un poder pontificio que no podía tolerar ese enclave en el corazón del país católico por excelencia: España.

En ese momento, Alfonso empezó a frecuentar más la corte del Magnánimo, alejándose poco a poco de su querida ciudad de Lérida, de la que se fue desprendiendo progresivamente. A fines de 1418, renunció a su cargo de profesor de Derecho Canónico en el Estudi; en 1421 abandonaría oficialmente su prebenda en favor de su amigo Bartomeu Rovira y en mayo de 1423 recibiría su última mensualidad del capítulo. Fue el final de veinticinco años de estudios y servicios, en los que se formó la personalidad intelectual del futuro Papa, en una universidad a la que le debía todo.

A partir de ese momento, sería el hombre del Magnánimo.

ALFONSO DE BORJA, PROTEGIDO DEL MAGNÁNIMO

No podría entenderse el formidable ascenso de Alfonso de Borja sin el apoyo indefectible de Alfonso el Magnánimo, que lo sostuvo hasta hacerlo subir todos los escalones de los honores cortesanos y religiosos. Pronto, Borja fue “el hombre del rey” dentro de la Iglesia.

Ignoramos, empero, cómo entró en contacto Alfonso con el entorno real. ¿Fue cuando la corte se instaló en Lérida, de noviembre de 1413 a enero de 1414? No es seguro, y ese contacto solo está demostrado a partir de 1416, en la reunión de Barcelona. A partir

de entonces, Alfonso de Borja quedó visiblemente al servicio del rey: resolvió varios de sus asuntos administrativos y financieros, al principio, junto a un canónigo nombrado para esas tareas por el rey Fernando, padre del Magnánimo. Sabemos, en efecto, que el rey recurrió a comienzos de 1417 a sus competencias de jurista para dos casos, por lo menos: una cuestión de herencia en enero y otra en febrero, en la que debió resolver, en calidad de oficial diocesano, un diferendo entre el prior de la ciudad de Fraga, en la provincia de Huesca, y los *jurats* locales.

El interés del rey por la carrera de su protegido se vio incluso a través de un incidente producido en el seno de la pareja real sobre la cuestión del puesto de canciller de la Universidad de Lérida. Para el rey, el cargo debía ser ocupado por Alfonso de Borja, y el nombramiento se hizo efectivo el 12 de noviembre de 1420. Pero la reina María, que ignoraba esa elección por una lamentable falta de comunicación entre los esposos, se había adelantado a su real marido designando ella misma en ese puesto, y con el apoyo de las autoridades locales, a otro canónigo, Melcior de Queralt. El rey no renunciaría a su elegido, Borja, como le escribió a su esposa el 28 de noviembre de 1422, subrayando los servicios prestados a la Corona por ese leal y devoto servidor. Era una situación incómoda para todo el mundo y finalmente Borja tuvo la prudencia de retirarse, evitándole a la reina una humillación inútil y peligrosa. En compensación, le dieron el puesto de vicescanciller, al que, por otra parte, renunció el 15 de diciembre de 1423.

Por el momento, se dedicó básicamente al servicio del rey, a quien acompañó en sus entradas triunfales a Barcelona, el 9 de diciembre de 1423, y a su querida Valencia, el 30 de enero siguiente. Ocupaba un puesto muy delicado en la corte: su misión consistía en hacer todo lo posible por conseguir de la curia romana un máximo de beneficios eclesiásticos en Cataluña y Aragón, a cambio de un

progresivo debilitamiento del apoyo del Magnánimo al antipapa de Peñíscola. Además de las evidentes ventajas financieras, el rey volvía a dominar de este modo al clero de su territorio, algo que era clave para su autoridad. El prestigio de Alfonso de Borja, que cumplió admirablemente su tarea, aumentó en forma considerable, hasta el punto de que en 1426-1427 controló en representación del rey las tareas del parlamento aragonés en Teruel, un lugar que, por otra parte, no le gustaba demasiado, y donde debía enfrentar “nieves, heladas y fríos terribles”. Se le abrió entonces un gran futuro, a pesar de que su familia le causó algunos problemas: en octubre de 1420, su primo Jofré asesinó junto con Bartolomeu Serra, uno de sus parientes, al alcalde de la ciudad de Onteniente, cerca de Valencia. Al ser condenados a muerte por este crimen, ambos huyeron a Castilla para eludir la justicia local. Un poco más tarde, Jofré pasó a Italia, y su influyente primo debió defenderlo ante el monarca. Alfonso tenía mucho crédito: no solo obtuvo el perdón del rey, sino que este le otorgó al asesino el título de alguacil real. En 1428 el Magnífico anuló definitivamente la sentencia, borrando el pasado muy turbio de Jofré. Alfonso nunca se olvidó de su familia y pronto su fortuna le permitió obsequiarles a sus padres una bella casa en Játiva, en el hermoso barrio de Barreres.

UN DIPLOMÁTICO EN TIEMPOS DE CISMA

En esos tiempos caóticos en los que no terminaba de resolverse el Gran Cisma, defender la política exterior del Magnánimo no era una tarea fácil. En un primer momento, el rey parecía haber abandonado la causa de Benedicto XIII y jugar francamente el juego del Concilio de Constanza. Como siempre, su acción no era en absoluto desinteresada: sus embajadores habían partido con una lista importante

de favores para exigirle al Papa que surgiera del concilio, cualquiera que fuese, como premio por su adhesión política. Y cuando se enteró de la elección de Martín V Colonna, le transmitió pronto la noticia a Benedicto XIII, rogándole que dimitiera. Perdió en ambos frentes: Pedro de Luna no quiso oír hablar del tema y Martín V rechazó la mayor parte de las “gracias” que le exigían. Como esas gracias eran económicas y financieras, Benedicto XIII, a quien mantenían aislado en Peñíscola, se convertiría para el Magnánimo en una moneda de cambio con un fuerte valor agregado.

Evidentemente, todo era negociable, y Martín V, que se dio cuenta de ello muy pronto, le envió a un diplomático experimentado, el cardenal Alamanno Adimari, arzobispo de Pisa y legado pontificio en Aragón y Navarra. Era un hombre de gran talento: buen conocedor de los asuntos franceses y españoles, nombrado cardenal el 6 de junio de 1411, por sus leales servicios, por el “papa” Juan XXIII y enviado de inmediato a España para intentar ganar su adhesión en contra del antipapa Benedicto XIII, era en ese momento uno de los más cercanos colaboradores de Martín V. Adimari se dirigió a Aragón, deteniéndose en Aviñón, y luego en Montpellier, donde esperó respetuosamente el permiso del Magnánimo para internarse más en sus tierras. Pronto llegaron también dos enviados reales, Francesc Martorell y... Alfonso de Borja, que tuvo así un primer contacto con la gran diplomacia europea. Desde el comienzo, ese contacto fue excelente, a pesar de la extraña misión de los dos hombres: el rey les había ordenado demorar al embajador en el reino, incluyendo la organización de una magnífica entrada a Barcelona, e impedirle divulgar la noticia de la destitución de Benedicto XIII –ya que no había obtenido de su adhesión los beneficios esperados–, mientras que él mismo jugaba un doble juego y negociaba directamente con el Papa las condiciones del fin del cisma. En cuanto al cardenal, en algún momento lo vería en Zaragoza. Muy pronto, Adimari entendió

la maniobra y contraatacó ofreciéndole a Borja, con quien había simpatizado, la parroquia de Cocentaina, así como una canonjía de la catedral de Valencia. El Magnánimo estaba furioso, pues su objetivo era precisamente impedir que el Papa otorgara beneficios en sus reinos sin su consentimiento. Borja se defendió: él no quería ni había pedido nada de eso, sino que todo provenía del cardenal. El incidente se cerró de inmediato y el Magnánimo se convenció de la inquebrantable lealtad de Alfonso. Desbordado, acusado de pereza por el Papa, Adimari decidió entonces poner al Magnánimo entre la espada y la pared y anunció, durante la misa del domingo 22 de mayo en Tortosa, la destitución de Benedicto XIII y la excomunión de sus defensores: sus cardenales y prelados tenían treinta días para presentarse ante él, Adimari, y jurarle fidelidad a Martín V. El Magnánimo perdía en las dos variantes: si los prelados se dejaban intimidar o bien si, más probablemente, se negaban a reconocer a Martín V. Además, podía despedirse de las compensaciones que había creído seguras.

En ese momento entró en escena Alfonso de Borja. El Magnánimo lo envió de inmediato a defender la causa real, que parecía muy comprometida, ante el cardenal. Su misión era fundamental: lograr que Adimari retirara las amenazas contra los cardenales de Peñíscola, que eran verdaderos insultos a la soberanía del reino. Borja debía explicarle al cardenal la ira del rey, víctima de su propio juego, ya que él mismo le había ofrecido directamente al Papa la sumisión de los prelados de Peñíscola, poniendo sus condiciones. El fuerte anuncio del cardenal amenazaba con hacer fracasar todos sus cálculos. Era, por otra parte, un anuncio contraproducente, añadió Borja, porque irritaría y provocaría la resistencia de muchas personas dispuestas a manifestar su lealtad hacia el único Papa auténtico, Martín V. Y colocaba al rey en una situación imposible, ya que este se había comprometido en persona a evitarles una condena a todos esos prelados. Finalmente, Borja dio vuelta la situación y consiguió que Adimari

le enviara una carta de disculpas al rey. Los prelados dispondrían ahora de cuarenta, y luego de sesenta días para arrepentirse. Y nada se haría en ese terreno sin el consentimiento del soberano. Como prueba de buena voluntad, el cardenal abandonaría Tortosa e iría a Zaragoza a ver al rey. Para Borja, era un triunfo: él dirigiría ahora las negociaciones, con la plena confianza del monarca. Todo salió bien: Martín V recibió y aceptó la sumisión de los cardenales de Peñíscola, y el Magnánimo, fiel a su promesa, fue a encontrarse con Adimari en Zaragoza.

Sin embargo, nada de esto mejoró las pésimas relaciones entre el rey, que siempre negociaba sus apoyos, y el Papa, que pretendía ejercer su autoridad sobre el clero del reino de Aragón. El Magnánimo llegó a prohibir que se recibieran cartas del Papa en sus tierras y tomó una serie de medidas con el único objetivo de suprimir en ellas toda la jurisdicción pontificia. Por su parte, hasta su muerte, en mayo de 1423, Benedicto XIII había logrado nombrar a varios cardenales y, el 10 de junio de 1424, el Magnánimo les permitió elegir un nuevo “antipapa”: un canónigo de Valencia, Gil Sánchez Muñoz, Clemente VIII, que residió en Peñíscola como su predecesor. En 1423, en el concilio convocado por Martín V, que fue trasladado de Pavía a Siena por causa de la peste, el Magnánimo fomentó un complot contra el Papa e insistió en la necesidad de una reforma en la cabeza de la Iglesia.

Eso era muy grave y habría que negociar, porque dentro del conflicto religioso –ya considerable, pues afectaba a todo el bloque cristiano– había un importante problema político regional que enfrentaba a dos potencias rivales: el papado y el reino de Aragón. Martín V desconfiaba de la política mediterránea del Magnánimo, convencido de que su ambición consistía en avanzar sobre los Estados Pontificios. El punto de desequilibrio se situaba al sur de Roma, donde comenzaba un importante reino, tradicionalmente

llamado “reino de Nápoles”, que excedía por mucho a la ciudad del mismo nombre, ya que se extendía desde el extremo de la “bota” hasta Italia central y las fronteras de los Estados Pontificios: incluía a Calabria, Apulia, Basilicata, y comprendía entonces a las ciudades de Bari, Bríndisi, Potenza, Reggio, L’Aquila. Ese reino era objeto de la codicia de la potencia regional en ascenso: España. Aunque el apodo de “Magnánimo” le sentaba bien a Alfonso de Aragón por la magnificencia de la que hacía gala en el terreno artístico, se lo debía ante todo a esa singular pasión por Italia que tuvo toda su vida: permaneció en ella casi sin interrupciones desde 1442 hasta su muerte. España disponía, sin duda, de un sólido anclaje en la región, con la provincia de Sicilia: desde las siniestras Vísperas Sicilianas del 31 de marzo de 1282, la masacre de los franceses de Carlos de Anjou, esa Sicilia había estado oficialmente “protegida” por los soberanos aragoneses. En ese momento, desde 1409, se encontraba anexada al reino de Aragón. Sicilia estaba bien, pero un poco lejos de todo, y en particular de esa Italia central opulenta, refinada y prestigiosa hacia la cual miraba todo el Occidente cristiano. Por otra parte, el reino de Nápoles era muy codiciado por la casa de Anjou, que aún no había digerido las famosas Vísperas.

Por el momento, esta se encontraba en desventaja, porque al morir, el 6 de agosto de 1414, el último rey de Nápoles, un húngaro, Ladislao I, le había dejado el reino a su hermana Juana, a la que Martín V le pareció cómodo reconocer como reina oficial de Nápoles: incluso fue coronada por su legado Morosini, el 28 de octubre de 1419... Pero el idilio diplomático entre ellos no duró: Martín V cambió de idea y le ofreció la corona napolitana a Luis III de Anjou, que se apresuró a sitiar a Nápoles con sus galeras marselesas y genovesas. Juana recurrió a la ayuda del irreconciliable enemigo de los Anjou, Alfonso V, que llegó de inmediato con sus galeras personales y liberó la ciudad. Para el Magnánimo, que soñaba más que

nunca con obtener un reino a su medida en Italia, fue una oportunidad inesperada: sin más trámite, le hizo saber a Juana que ahora el rey de Nápoles era él. Nuevo cambio de alianza: Juana se reconcilió con Martín V, para adoptar a... Luis III. Esta vez, lejos de su base española, Alfonso estaba muy solo, sobre todo porque en Pisa se reunía abiertamente una poderosa flota dirigida contra él, con la ayuda de un recién llegado, el temible Visconti, duque de Milán. Era demasiado: a regañadientes, el Magnánimo abandonó Nápoles y volvió a sus Estados. La ciudad de Marsella, que había tomado partido por Luis III y casi se había desarmado en su favor, estaba en su camino: la atacó, sin encontrar demasiada resistencia, la saqueó, del 20 al 23 de noviembre de 1423, y luego regresó a Aragón.

CÓMO DESTITUIR A UN PAPA

Durante ese agitado período, de 1420 a 1423, el lugar de Alfonso de Borja es difícil de precisar, por falta de documentos claros. ¿Siguió a su rey y negoció en su nombre? ¿Y al mismo tiempo se hizo apreciar por su enemigo Martín V? ¿Permaneció en Aragón, donde Juan, hermano del rey, se ocupaba de los asuntos corrientes? Todo lo que sabemos es que hacia el año 1425 su reputación de experto en derecho quedó firmemente establecida, porque en ese momento era, en forma oficial, consejero y secretario particular del Magnánimo.

La situación en Europa era difícil: mucho peor que el escándalo religioso, el peligro era ahora el estallido físico de la cristiandad. El Papa envió entonces a Montpellier a un colaborador de confianza, el cardenal Pierre de Foix, para reunirse con los dos delegados reales, Alfonso de Borja y Francesc Martorell, del 11 de abril al 11 de mayo de 1424. El Papa era muy hábil: su legado era de la región, ya que provenía de la noble familia feudal de los condes de Foix, pero

también era una creación de Benedicto XIII, que lo había nombrado cardenal a los veintitrés años, en 1409, y además era uno de los que, en 1417, habían elegido la fidelidad a Martín V, único Papa legítimo. Su historia personal y su rectitud hablaban a su favor ante los catalanes. Las negociaciones preliminares se demoraron y luego se paralizaron, porque el rey temía la injerencia pontificia en sus tierras, en particular, a través de los tribunales de apelación, que eran muy importantes para el Papa: recién el 8 de enero de 1425 Martín V pudo oficializar la misión y nombrar a Pierre de Foix su legado ante la corona de Aragón. Pero el rey seguía resistiendo y bloqueó la situación negándole a ese legado el acceso al reino de Aragón mientras no se atendieran sus reivindicaciones: sabía muy bien que el Papa lo perjudicaba en el tema de la posesión del reino de Nápoles. Una presión más: había aceptado incluso que el 19 de mayo de 1426 (es decir, tres años después de su elección) el antipapa Clemente VIII fuera coronado solemnemente en su fortaleza de Peñíscola. Por lo tanto, no había que ceder, y el “Papa de Peñíscola” siguió desempeñando el ingrato papel de moneda de cambio. Poco después, el Papa dio un paso más en la escalada al exigir que el rey compareciera ante él: si no lo hacía, le aplicaría la excomunión, e incluso un interdicto. Sublevó a los soberanos cristianos, llegando al punto de escribirles a los obispos de la corona de Aragón, no todos favorables a su rey. Fue inútil: el Magnánimo no cedió en nada. La situación estaba tan bloqueada que el papa Colonna y el soberano español terminaron por darse cuenta de la inutilidad de toda esa gesticulación y se pusieron de acuerdo sobre el principio de una nueva legación para el paciente cardenal de Foix.

Fue una negociación complicada, con discusiones largas y penosas. La situación había cambiado: ante todo, el rey necesitaba dinero para el conflicto que habría con Castilla, y fue eso lo que destrabó la disputa. El Papa se comprometió a intervenir en la controversia

hispanica y, sobre todo, a procurarle al rey, por medio de un sínodo provincial convocado por el legado en Tarragona, la (enorme) suma de 150.000 florines. Con ese dinero, el Magnánimo liquidaría la cuestión del cisma. El 16 de junio de 1429, el legado y el Magnánimo cerraron el acuerdo que ponía fin a la división de la Iglesia. Faltaba obtener el retiro de Clemente VIII, atrincherado en su fortaleza. Esa sería la tarea de Alfonso de Borja, que hasta ese momento había permanecido en la sombra, aunque algunos percibieron su influencia en las argucias jurídicas desarrolladas por el rey.

El 21 de junio de 1429 Alfonso de Borja recibió la orden de partir hacia Peñíscola en compañía de Ponç Despont. El objetivo de esta misión parecía simple: concretar los acuerdos recientes y, por lo tanto, obtener la renuncia del antipapa. Pero en la carta que llevaban se sobreentendía que tenían todo el poder para recuperar la posesión del territorio en el nombre del rey, nombrar las autoridades adecuadas y recibir el juramento de fidelidad de los habitantes. El rey estaba persuadido de que todo sucedería sin inconvenientes, pues confiaba en “la industria, sagacidad y providencia” de sus enviados. Incluso, de ser necesario, podrían usar todos los *remeis e rigors* (remedios y rigores) necesarios. No era el estilo de Borja, que optaría, como siempre, por una solución serena: a cambio de su improbable función “antipontificia”, le ofreció a Clemente VIII el puesto, oficial esta vez, de obispo de Mallorca, con los honorarios correspondientes. El antipapa aceptó, ante la sorpresa del rey, que no esperaba una renuncia tan veloz. Alfonso de Borja se encargó de dirigir las modalidades de la abdicación. Los cardenales de Peñíscola no colaboraron con su tarea: temiendo, no sin razón, quedar fuera del acuerdo, reclamaron una especie de minicónclave para elegir un Papa, que sería... Martín V. Esta era para ellos una manera de hacer que la jerarquía eclesiástica oficial reconociera su dignidad. El 26 de julio, en la sala principal del castillo de Peñíscola, Clemente VIII declaró que, por el

bien y la unidad de la Iglesia, abandonaba la dignidad pontificia y sus insignias. Y algunos días más tarde, el 13 de agosto a la noche, en la iglesia de la aldea de San Mateo, en presencia de Borja y del cardenal de Foix, Clemente VIII se quitó solemnemente la tiara y renunció a su función pontificia y a sus insignias, mientras los cardenales de Peñíscola también juraban fidelidad a Martín V. Faltaba arreglar algunos detalles materiales, como devolverle al legado las joyas, los libros y los documentos correspondientes a la casa del antipapa (las armas halladas en la fortaleza seguirían siendo propiedad del rey), o el destino del cardenal Bonafè, que estaba encerrado en un calabozo por negarse a reconocer a Martín V. Borja resolvió todos esos problemas en el nombre del Magnánimo, como un verdadero gobernador. Su misión terminó por fin, para la satisfacción general. El rey, cuyas órdenes había ejecutado con fineza y diplomacia, elogió su “*bon zel*”, y el legado, en su correspondencia con Martín V, lo alabó mucho y apeló a la benevolencia pontificia para favorecer su carrera.

La recompensa llegó el 29 de agosto: mediante una bula pontificia, Alfonso de Borja se convirtió oficialmente en el obispo Borja, a cargo de la diócesis de Valencia. Era, sin duda, una alta función eclesiástica, que Borja cumpliría *ad majorem regis gloriam*, siendo en todo momento un buen soldado del reino. Así actuó, casi de inmediato, en Tortosa, donde se reunió, como estaba previsto, el sínodo que bajo la dirección del legado reformaría la Iglesia de Aragón, sacudida por el cisma. Su misión era clara: hacer que la Iglesia de Aragón le entregara al rey la suma prometida por el Papa. Borja se dispuso a cumplir la tarea, pero el rey no se la facilitó: ahora le pediría al Papa que el nuevo obispo de Mallorca, Gil Sánchez Muñoz, el ex “papa” Clemente VIII, intercambiara su rica diócesis por la de Gerona, con un beneficio de 2000 a 3000 florines. La de Mallorca sería concedida a un “títtere”, un dominico, el propio confesor del rey. Indignado, el Papa lo rechazó.

A pesar de ese fracaso transitorio, el rey se empeñó en llenarlo de prebendas: era demasiado, incluso a juicio del papa Martín V, y fue en vano que el Magnánimo pidiera para él la canonjía de Barcelona, el puesto de archidiácono de Játiva y hasta el capelo cardenalicio. Logró conseguirle, sin embargo, el puesto de administrador *in temporalibus* (para los asuntos temporales) del obispado de Mallorca. Pero Alfonso no era sacerdote. El problema se solucionó rápidamente: ese mismo día, Alfonso recibió la ordenación sacerdotal y el título de obispo.

Este nombramiento parecía la coronación de los esfuerzos de un hombre de múltiples aptitudes, financieras y jurídicas, y también, ante todo, diplomáticas. Tal elección era lógica: sus diversos éxitos merecían una recompensa.

Una nueva y excelente oportunidad de promoción para Alfonso de Borja fue la guerra contra Castilla. En marzo, el rey le ordenó que preparara el contingente armado prometido por las Cortes para la confrontación que se avecinaba. No solo le encontró los hombres necesarios, sino que le prestó para la campaña una suma considerable que le había pedido al capítulo valenciano. Además, como el rey recorría los campos de batalla, acompañado por el gobernador de Valencia, Pérez de Corella, fue el obispo Borja quien debió encargarse de la política real, como jefe del Consejo Secreto creado por el Magnánimo en la ciudad. Afortunadamente, la guerra favoreció a Aragón, y en el momento de las negociaciones Borja encabezó la delegación, amplia y luego restringida, que se reunió con los castellanos, alternativamente en la castellana Ágreda y en Tarazona. A esa misión, que duraría hasta el acuerdo definitivo del 22 de septiembre de 1436, el obispo de Valencia le dedicaría una parte notable de su tiempo, mientras su prestigio seguía aumentando en el entorno real, incluyendo a la reina María, cuyo Consejo integraba, y al hermano del rey, Juan de Navarra. Esta posición de fuerza le permitiría evitar

presentarse, a pesar de la insistencia real, en el Concilio de Basilea que intentó minar la autoridad pontificia subordinándola a la de los obispos.

Ahora había un Papa veneciano, Eugenio IV Condulmer, allegado a la gran familia Orsini: el 3 de marzo de 1431 sucedió a Martín V. Con él tuvo el Magnánimo una relación casi tan tensa como la que mantenía con su predecesor, porque ignoró su demanda fundamental: sancionar con una bula sus derechos sobre el reino de Nápoles e interceder en su favor ante la reina Juana II. Alfonso, encargado de reunirse con él, ganó tiempo con evasivas, a pesar del nerviosismo del rey, que amenazó durante un tiempo con confiscarles los bienes a sus delegados recalcitrantes. La misión era demasiado arriesgada y el obispo logró quedarse en su diócesis, ya tambaleante por el cisma. Todos los testigos reconocieron que nunca, ni siquiera cuando debió desempeñar las más altas funciones, perdió de vista los asuntos, tanto espirituales como materiales, de esa diócesis, desde regular la concesión de las indulgencias hasta desarrollar tal o cual culto. Por ejemplo, el de las reliquias de san Luis, obispo de Toulouse, que el Magnánimo había mandado depositar en Valencia el 12 de abril de 1424, o el de santa Catalina Mártir (Catalina de Alejandría), sin olvidar la convocatoria de un sínodo para decidir que los sábados se cantarían los *Gaudes* en honor a la Virgen en todas las parroquias de la diócesis.

Se ocupó también, y sin claudicar, de la indispensable promoción de la familia Borja: el palacio episcopal de Valencia, convertido en la residencia familiar, era ahora el feudo de su madre y sus hermanas –a las que el pueblo llamaba las *bisbeses*, las “obispas” [*sic*]–, y les procuraba los fondos necesarios para mantener el palacio y sus residencias privadas valencianas. Pero usó sobre todo su crédito ante el rey para beneficiar a su cuñado Jofré Borja, al que apreciaba particularmente, aunque era un hombre imprevisible, y al hermano

de este, Galcerán, sin olvidar a la familia periférica y menos acaudalada, como la prima Fransqueta Borja, a la que le obsequió su dote de matrimonio.

DE CATALUÑA A ITALIA

El Magnánimo, que no había olvidado nada y había aprendido poco, persiguió durante todo ese tiempo su sueño italiano y en 1432 asumió el riesgo de una guerra para conquistar el reino de Nápoles. La guerra, en varios frentes, se eternizó y terminó para él en 1435, frente a la isla de Ponza. Mientras asediaba Gaeta, que estaba en poder del gobernador Francesco Spinola, llegó la flota genovesa, comandada por un experimentado marino de guerra, Biagio Assereto. Cayeron las fuerzas reales: los aragoneses perdieron once galeras, los marinos italianos se apoderaron de un enorme botín y el Magnánimo fue tomado prisionero. Las *Corts* de Cataluña y las asambleas similares de Valencia y de Aragón pagaron 30.000 florines como fianza, pero los catalanes, agraviados por esa derrota, gastaron 10.000 más para la preparación de una nueva flota. Una vez liberado, el Magnánimo reanudó sin demora las hostilidades contra Nápoles.

En 1438, las ambiciones del Magnánimo produjeron en la vida del obispo Borja un cambio radical. Ese año, el Magnánimo reclamó su presencia en Italia: era el mejor jurista que tenía a su alcance y lo necesitaba para fundamentar en el derecho su conquista. Borja partió el 26 de julio. No era el único pasajero notable de las tres naves armadas que salieron en ese momento de Barcelona, ya que tenía la alta responsabilidad de escoltar al hijo y heredero del rey, Fernando, el futuro Fernando I de Nápoles, y también al gobernador del reino de Aragón, Juan de Moncayo, y todo un conjunto de nobles. El viaje

duró un mes: la pequeña escuadra llegó a Gaeta y el cortejo se dirigió a Capua, donde el rey la recibió, con entusiasmo, el 4 de septiembre.

A mediados del siglo xv aún regía un sistema feudal en el que las relaciones de vasallaje siempre eran importantes. El señor del reino de Nápoles, cualquiera fuese, era siempre vasallo del Papa. Pero Eugenio IV Condulmer se había pronunciado abiertamente por el candidato angevino, René de Anjou, a quien le había otorgado su investidura el 23 de febrero de 1436. De modo que era preciso hacerle cambiar de opinión... Entonces el Magnánimo jugó en dos tableros. En primer lugar, el Concilio de Basilea, que seguía intentando socavar la autoridad del Papa: el rey envió allí una discreta delegación para defender sus intereses, mientras el Papa, por su parte, fomentaba intrigas en su contra. La situación se prolongó demasiado y se volvió inextricable: hacía falta una mediación. ¿Y por qué no encargársela al obispo de Valencia, que gozaba de la simpatía de ambas partes? La mediación tuvo éxito y Borja obtuvo una tregua entre las dos potencias.

El rey la recibió con beneplácito: la aprovechó para apoderarse de Nápoles el 1º de junio de 1442. René de Anjou escapó y pudo llegar a Pisa por mar. En ese sistema feudal, el Magnánimo había tenido que hacerse reconocer sucesivamente por una infinidad de pequeños feudos locales como su señor, pero esta vez poseía todo el reino, y el 26 de octubre de 1443 entró triunfalmente a su capital, que sería el centro artístico y político de su “imperio” ítalo-español. El cortejo, en el que figuraba en un lugar destacado el obispo de Valencia, era imponente, y todas las nacionalidades que vivían y trabajaban en el puerto comercial de Nápoles estaban representadas allí. Inmediatamente detrás de los sacerdotes estaba el contingente florentino, con carruajes que presentaban figuras alegóricas. Luego venían los catalanes, seguidos por un carruaje con una representación del “asiento peligroso” de la Mesa Redonda del rey Arturo,

flanqueado por las virtudes de Justicia, Valentía, Prudencia, Fe y Caridad, ¡que arrojaba monedas a la multitud! Y al final, la carroza dorada triunfal de Alfonso, que exhibía una fortaleza con torrecillas, con un pequeño asiento (peligroso) en llamas al pie del trono. El rey resplandecía con brocados púrpura y oro, el collar de la Orden de Lis, el cetro y el globo. Seguían los dignatarios de la Corte, los capitanes, los embajadores extranjeros, los barones, los caballeros, los obispos y por último, los humanistas, muy apreciados por Alfonso. El Magnánimo descendió de su carroza en la catedral, donde lo aguardaba un arco de triunfo en construcción. Diez años más tarde, el arco sería trasladado a la fortaleza de Alfonso, el Castel Nuovo.

Todo era muy hermoso, pero el país cuya espléndida vitrina era Nápoles padecía de una notable inmovilidad, en particular, por un sistema judicial pesado, feudal y arcaico. Para reformarlo, se apeló a un jurista versado y leal: el fiel obispo Borja, eminente jurisconsulto y consejero experto. Alfonso lo nombró presidente de su Consejo Real y le encargó la reorganización del sistema judicial del reino. Pronto se convirtió en el hombre clave de la Corte, en el intermediario obligado entre los solicitantes, por prestigiosos que fueran, y el rey. A él se le confió la misión de poner en marcha una institución decisiva: el Parlamento di San Lorenzo, asamblea de los nobles del reino, que prestó un solemne juramento de lealtad al rey, como lo haría el 2 de mayo de 1443 para el infante Fernando. El brillante ascenso de Borja ni siquiera fue empañado por un acontecimiento frecuente en el mundo eclesiástico de la época: el nacimiento de un hijo, en 1441, el único hijo que se le conoce: Francisco (de Borja).

El rey era en ese momento un poderoso vecino para los Estados Pontificios, cuya frontera sur controlaba con un fuerte contingente armado. Eugenio IV lo comprendió perfectamente y, haciendo de la necesidad virtud, reconoció el señorío del Magnánimo sobre el reino de Nápoles. Fue también un triunfo de Borja: sus cualidades de

negociador eran ahora evidentes para ambos adversarios. El rey insistió ante el Papa para que promovieran a cardenal a ese hombre *venerando per età, costumi, scienza e virtù* (venerable por edad, costumbres, ciencia y virtud) y solicitó el apoyo de los allegados del Papa que habían participado con él en las negociaciones. Condulmer vaciló, prometió y finalmente lo eligió. Esta difícil “reconciliación”, por la que tanto había trabajado, le valió a Borja el capelo cardenalicio el 2 de mayo de 1444: a partir de ese momento fue el cardenal “Borgia”, por voluntad del Papa, con el título de los Cuatro Santos Coronados. Sin embargo, decidió conservar el obispado de Valencia. En Roma, todo el mundo estaba de acuerdo en elogiar las virtudes del “cardenal de Valencia”, como lo llamaban habitualmente. Hasta el historiador protestante Ferdinand Gregorovius alabó “su vasta erudición, su habilidad para tratar cuestiones delicadas y la amistad que lo unía al rey Alfonso”...

El obispo de Valencia, procedente de la lejana Torre de Canals, ya era un verdadero señor de la Iglesia y residía la mayor parte del tiempo detrás del Coliseo.